

quiero meterme en nada. Arréglense ustedes como puedan.

—¡Su hija de V. acabará por engañarme! dijo al fin Augusto, excitado por la cólera de que estaba poseído.

Mad. Jösserand, que iba á marcharse se volvió, y mirándole cara á cara:

—¡Caballero! exclamó: V. está haciendo todo lo posible para que suceda lo que temo.

Y entró en su cuarto con una dignidad de estatua griega.

Su marido retuvo á Augusto algunos instantes. En extremo conciliador, le dió á entender que con las mujeres lo mejor que podía hacerse era soportar todos sus caprichos, y concluyó por despedirle, calmado y resuelto á perdonar. Pero cuando se quedó solo en el comedor se echó á llorar. Todo había concluído para él, ya no había dicha posible, jamás podría disponer del tiempo necesario para escribir fajas y obtener con su producto lo suficiente para ayudar á su hija en secreto. La idea de que pudiera llenarse de deudas le atormentaba, como si fuera una vergüenza personal. Se sentía enfermo, había recibido un nuevo golpe y estaba seguro de que muy pronto le abandonarían las pocas fuerzas que le quedaban. Por último, aunque penosamente y nublán-

dose á menudo sus ojos con las lágrimas, se puso á trabajar.

En la tienda permaneció Berta algún tiempo inmóvil, con el rostro entre las manos. Un mozo, después de haber cerrado se retiró, y entonces creyó Octavio deber acercarse á la joven. Desde que se fué Augusto, Saturnino le hacía gestos por encima de la cabeza de su hermana, como indicándole que fuera á consolarla. Entonces, radiante de alegría multiplicaba sus guiños, y temiendo no ser comprendido, acentuaba sus consejos enviando besos volados con la efusión de un niño.

—¿Cómo? ¿quieres que la bese? le preguntó Octavio por señas.

—Sí, sí, respondía el loco, haciendo signos afirmativos.

Y cuando vió al joven sonriendo delante de su hermana, que no se había apercebido de nada, se sentó en el suelo, detrás del mostrador, ocultándose para no molestarlos. Los mecheros de gas ardían aún, en medio del silencio de la tienda cerrada.

—Señora, no se aflija V., se lo ruego, dijo Octavio con voz cariñosa.

Berta se estremeció al verle tan cerca.

—Suplico á V. que me dispense M. Octavio, murmuró. No ha sido culpa mía que

haya V. presenciado tan penosa escena. También le ruego á V. que disculpe á mi marido... esta noche no se encontraba bien... Ya lo sabe V., en los matrimonios hay pequeños disgustos...

Los sollozos ahogaron sus palabras. La idea de atenuar la culpa de su marido, para salvar las apariencias, determinó una crisis de lágrimas que la desahogó. Saturnino mostró su inquieta cabeza por encima del mostrador; pero volvió á ocultarse, al ver que Octavio resolvió coger una de las manos de su hermana.

—Tenga V. ánimo, señora... le dijo.

—¡No, no puedo... balbuceó. V. estaba ahí, le ha oído...! ¡Y todo por ochenta y cinco francos de cabellos! ¡Como si no los llevasen todas las mujeres, hoy que se estila...! Pero él no sabe nada, no comprende nada... Lo mismo conoce á las mujeres que al gran turco... Jamás ha tenido trato con ellas, ¡oh! estoy segura M. Octavio... ¡Soy muy desgraciada! ¡Muy desgraciada!

En el calor de la improvisación, movida por el odio, hacía las más íntimas revelaciones. ¡Un hombre, con quien se había casado creyéndole enamorado, y que no tardaría en negarle hasta camisas! ¿Acaso no cumplía sus deberes? ¿Podía acusarla de haber

cometido la menor falta? Si no se hubiera encolerizado el día en que le pidió que la comprara cabellos postizos, no se habría visto obligada á pagarlos con su dinero. Y siempre, por las cosas más baladís, vuelta á la misma historia: no podía manifestar deseo alguno, querer el más insignificante objeto de adorno, sin chocar con la grosería de aquel hombre. Como era natural, ella tenía su orgullo y había resuelto no pedirle nada, carecer hasta de lo necesario, antes que humillarse sin resultado. Tanto era así, que hacía ya tiempo que deseaba un adorno de fantasía, que había visto yendo con su madre, en un escaparate del Teatro Real, y nada:

—No crea V., una fruslería... tres estrellas de brillantes de imitación, para sujetar el cabello, decía; cien francos á lo sumo. Pero de nada me han servido las indirectas que le he echado por tarde y por mañana, se ha hecho el desentendido.

El joven Octavio, que no esperaba tan propicia ocasión, anticipó los acontecimientos, y exclamó:

—Sí, ya sé, indicó, la he oído á V. hablar de ello varias veces... y ya se ve... sus padres de V. han sido tan amables conmigo, usted mismo me ha dispensado tan afec-

tuosa acogida, que he creído poder permitirme...

Y al hablar, sacó del bolsillo una cajita en la que, sobre algodón en rama, relucían las tres estrellas. Berta, muy conmovida, se levantó:

—Pero eso es imposible, caballero, dijo. Yo no quiero... no puedo... ha hecho V. muy mal...

Él, con aire de inocencia, inventó mil pretextos. Aquello se acostumbraba á hacer en su país... y luégo que se trataba de objetos sin valor. La joven ya no lloraba y fijaba sus ojos en la caja, iluminados por las chispas de las piedras falsas.

—Yo le suplico á V. señora que acepte... decía Octavio... Vamos, decídase V., para probarme que está contenta de mi comportamiento.

—¡Oh! no, no insista V., M. Octavio... me hace V. sufrir.

Saturnino reapareció, y extasiado como delante de un relicario miraba las estrellas. Pero su fino oído percibió los pasos de Augusto que volvía. Lo advirtió á Berta con una seña, y entonces ella se decidió á aceptar el regalo precisamente en el instante en que llegaba su marido.

—Pues bien, dijo rápidamente guardando

la cajita en el bolsillo, diré que mi hermana Hortensia me los ha regalado.

Augusto mandó apagar el gas y subió con ella á acostarse, sin decir una sola palabra referente á su anterior reyerta, y contento de encontrarla repuesta y alegre, como si no hubiera pasado nada entre los dos. La tienda quedó á oscuras, y en el momento en que también Octavio se retiraba, sintió en medio de la oscuridad que unas manos ardientes estrechaban las suyas. Era Saturnino, que dormía en la cueva.

—¡Amigo! ¡amigo! ¡amigo! repetía el loco impulsado por una ternura salvaje.

Desorientado en sus cálculos, poco á poco sentía Octavio respecto de Berta, un ardiente deseo. Si al pronto había seguido su antiguo plan de seducción, su propósito de hacer fortuna por medio de las mujeres, la verdad era que entonces no veía en ella sólo á su ama con cuya posesión podía hacerse dueño de la casa: aspiraba ante todo á conquistar á la parisiense, producto encantador del lujo y de la gracia, fruta que jamás había gustado en Marsella. Entusiasmábale sus pequeñas manos cubiertas con finos guantes, sus diminutos piés calzados con preciosas botinas de tacón alto, su garganta delicada llena de encajes, cintas, collares, ó

cadena de imitación, y todos estos incentivos le apasionaban hasta el punto de enternecer la sequedad de su natural económico, impulsándole á gastar en regalos los cinco mil francos que había traído de su tierra, duplicados ya por operaciones financieras que había realizado sin dar parte á nadie.

Pero lo que más le afligía, era haberse vuelto tímido al sentirse enamorado. Faltábale su primitiva resolución, su afán de irse al bulto derecho, y por el contrario, experimentaba al no arriesgarse perezosos placeres. Por lo demás, en medio de aquel desaliento pasajero de su espíritu tan práctico, consideraba la conquista de Berta como una campaña difícil que exigía lentitudes y procedimientos de la más alta diplomacia. Sus fiascos cerca de Valeria y de Mad. Hedouin, le hacían temer una nueva derrota, pero en el fondo de sus dudas y vacilaciones había además miedo hacia la mujer adorada, una creencia absoluta en la honradez de Berta, toda esa ceguedad del amor que el deseo paraliza y que desespera.

Al día siguiente de la riña conyugal, Octavio feliz porque la joven había aceptado su obsequio, pensó que sería útil ponerse bien con el marido. Con este propósito al sentarse á la mesa con su principal, porque

éste acostumbraba á alimentar á sus dependientes para tenerlos siempre á la mano, le mostró una complacencia sin límites, le escuchó con atención á los postres y aplaudió calorosamente todas sus ideas. Después cuando estuvieron á solas, mostró participar de su descontento contra su mujer, hasta el punto de fingir vigilarla y ofrecerle darle cuenta de lo que hiciera. Augusto agradeció en extremo estas ofertas, y un día confesó al joven que había estado á punto de despedirle por creerle en connivencia con su suegra. Octavio se apresuró á expresar el horror que le inspiraba Mad. Jossierand, lo que acabó de establecer entre ellos la más completa mancomunidad de opiniones. Por lo demás, el marido era en el fondo un buen hombre, desagradable, pero resignado mientras no le sacaban de quicio gastándole el dinero ó tocándole en lo vivo de su moralidad. Hasta aseguraba que no quería irritarse, porque después de la riña que había tenido con su mujer, le había atacado una jaqueca que le había dejado idiota tres días seguidos.

— Ya me comprende V... decía á Octavio; lo que yo quiero es vivir tranquilo. Todo lo demás me importa poco, por supuesto contando con la virtud y con tal de que mi mu-

jer no me arruine... ¿eh? me parece que soy razonable y que no pido cosas extraordinarias.

Octavio ponderaba su prudencia y celebraban juntos las dulzuras de la vida monótona, de los años siempre iguales y ocupados en medir varas de seda. Hasta para agrada- rle hacía caso omiso el dependiente de sus ideas de comercio en grande. Una tarde, le asustó, hablándole de su sueño, de los vastos bazares modernos, y aconsejándole como á Mad. Hedouin, que comprase la casa contigua para ensanchar su tienda. Augusto, que encontraba ya inmensas para su cabeza las cuatro paredes de su establecimiento, le miró con tal espanto de comerciante avaro, que el joven se apresuró á retirar su proposición y á extasiarse ponderando la seguridad tranquila y apacible del negocio en pequeño.

Los días pasaban, Octavio ganaba terreno, el marido le estimaba, la misma Mad. Joserand con la que procuraba no mostrarse muy complaciente, le miraba con buenos ojos. Berta por su parte, le trataba con la más afectuosa familiaridad; pero su gran amigo era Saturnino, cuya muda afección de perro fiel veía aumentarse á medida que deseaba con más violencia poseer á su her-

mana. Todos los demás inspiraban al loco unos celos sombríos: ningún hombre podía acercarse á Berta sin que se pusiera inquieto y en actitud amenazadora. Pero cuando Octavio se acercaba á ella, la hablaba al oído y la hacía reír, él también se reía reflejando en su rostro algo de la alegría sensual que animaba á los dos jóvenes. El pobre parecía gustar las delicias del amor en aquella carne femenil, que creía suya propia bajo el impulso del instinto, y todo demostraba que experimentaba hacia el amante predilecto la gratitud de la felicidad. A cada instante le detenía cuando se hallaban solos para expresarle aquel extraño sentimiento, cuando estaban ella y él juntos, miraba en torno suyo con desconfianza y no desperdiciaba ocasión de hablar á Octavio de Berta, contándole siempre los mismos detalles de la vida de su hermana.

—Cuando era pequeña, le decía, tenía unos miembros muy delicados, y estaba gordita y sonrosada. Se tiraba por el suelo, y yo me ponía de rodillas para mirarla. ¡Y me divertía tanto! Entonces... ¡pan! ¡pan! ¡pan! me daba pataditas en el estómago... ¡Oh! ¡y me gustaba tanto aquello! ¡me gustaba tanto!

Octavio se enteró gracias á estas confiden-

cias de todos los pormenores de la infancia de Berta, sus caprichitos, sus juegos, en una palabra, todo el desarrollo de aquella hermosa fierecita sin domesticar. El hueco cerebro de Saturnino conservaba con religiosa exactitud los actos más insignificantes, los recuerdos más pueriles de aquella existencia: un día se pinchó en un dedo, y él le chupó la sangre: una mañana al querer subirse á una mesa, se cayó y pudo recogerla en sus brazos. Pero en lo que más insistía era en la enfermedad que había sufrido la joven.

¡Ah! si la hubiera V. visto, exclamaba. Por la noche me quedaba solo con ella. Me pegaban para que fuera á acostarme; pero volvía descalzo y de puntillas... Y cuando estaba sólo á su lado me ponía á llorar porque la veía muy pálida. De cuando en cuando la tocaba para ver si se quedaba fría... Al fin me dejaron estar con ella, y yo la cuidaba mejor que todos los de la casa, sabía los remedios, y de mi mano tomaba todas las medicinas. Cuando se quejaba mucho me acostaba con ella, y ponía su cabeza sobre mi pecho. ¡Estábamos tan ricamente! Después se curó y yo quise continuar pasando las noches á su lado, pero me pegaban.

Sus ojos se encendían, y reía y lloraba

como si las cosas que contaba hubieran pasado el día anterior. Sus entrecortadas palabras explicaban el origen de la extraña ternura que sentía por Berta; su abnegación al cuidarla cuando los médicos la habían desahuciado; su cuerpo y su alma consagrados á la querida enfermita; sus deseos de hombre despertados, contenidos y atrofiados al mismo tiempo ante el dolor de la niña, todo este drama se había grabado en el ánimo del pobre loco, y desde entonces á pesar de la ingratitud de la niña sana, Berta era á la vez para él una mujer, una hija y una hermana á la que había arrancado de las garras de la muerte, un ídolo que adoraba. Por esto perseguía al marido con un odio furioso de amante contrariado, y se consolaba con Octavio echando pestes de él.

—Siempre tiene el ojo magullado... decía. Fastidia á todo el mundo con sus jaquecas... Le vió V. ayer como arrastraba los piés... Mire V... mire, como observa desde la puerta de la calle... ¡Puede darse un hombre más idiota... sucio animal!

Y Augusto no podía hacer el más sencillo movimiento sin disgustar al loco. Después hacía á Octavio proposiciones alarmantes.

—Si quiere V., entre los dos, le cortamos el cuello como á los cerdos.

Octavio le calmaba. Saturnino en sus días tranquilos, iba de él á su hermana con el rostro risueño, les contaba lo que el uno decía del otro, hacía cuanto le mandaban, y era entre los dos como un lazo de continua ternura. Capaz era de haberse arrojado al suelo para servirles de alfombra.

Berta no había vuelto hablar del regalo de Octavio, parecía no notar las timidas atenciones del joven, y le trataba como un buen amigo sin turbarse jamás. Él por su parte cuidaba con más esmero que nunca su vestido y adorno, y abusaba con ella de las caricias de sus ojos de color de oro viejo, cuya dulzura creía irresistible. Pero ella no le agradecía más que las mentirillas que inventaba para ayudarla á ocultar alguna de sus escapatorias. De este modo se establecía entre los dos una especie de complicidad: él favorecía las salidas de la joven con su madre, y engañaba al marido alejando de su ánimo toda sospecha. De tal manera se las arreglaba el dependiente, que Berta salía y entraba sin temor confiada en su inteligencia y habilidad, y lo más que hacía, si al volver le encontraba detrás de una pila de piezas de tela ó en sitio donde no pudiera verlos su marido, era darle las gracias con un buen apretón de manos.

Un día, sin embargo, se alarmó. Volvía de una Exposición de perros, cuando Octavio la hizo seña para que bajase á la cueva, y allí la entregó una factura que habían llevado durante su ausencia, una factura de medias bordadas que importaba sesenta y dos francos. Ella se puso muy pálida, y exclamó:

— ¡Dios mío! ¿La ha visto mi marido?

Octavio la tranquilizó, contándole el trabajo que le había costado escamotear la factura en presencia de Augusto. Después con cierta timidez, añadió á media voz:

— La he pagado.

Berta hizo entonces como que buscaba dinero en el bolsillo, y no encontrándolo, dijo sencillamente:

— Ya se lo abonaré á V... ¡Ah! y muchas gracias... Me habria caído muerta de vergüenza si Augusto se hubiera enterado.

Al pronunciar estas palabras, le cogió las dos manos y se las estrechó con afecto; pero jamás volvió á hablarse de los sesenta y dos francos.

Cada día era mayor en Berta el deseo de libertad y de placer: ansiaba todo cuanto esperaba siendo soltera hallar en el matrimonio, todo cuanto su madre le había enseñado á exigir del hombre. Tenía como una especie de apetito atrasado, se vengaba de su

juventud pasada en la pobreza al lado de sus padres, comiendo alimentos de clase inferior, teniendo hasta que privarse de ellos para poder comprarse botinas, para tener trajes veinte veces arreglados. Pero sobre todo se resarcía de los tres inviernos que había corrido las calles de París en busca de un marido, de las mortales noches de fastidio, en las que con el estómago vacío, se atiforraba de jarabes en las reuniones; de las sonrisas y las gracias púdicas que había tenido que ostentar ante una porción de jóvenes imbéciles; de sus exasperaciones secretas al tener que aparentar inocencia cuando sabía todo lo que había que saber; de la vuelta á su casa á patita mientras diluviaba, de su cama fría y de los bofetones maternos que la ponían calientes los carrillos. A los veintidos años, desesperaba todavía de realizar sus deseos, mirándose cuando estaba á solas en su cuarto para convencerse de que no le faltaba nada. Pero después de tanto penar, había pescado al fin un marido, y como el cazador que remata la liebre con un puñetazo brutal para vengarse de lo que le ha hecho correr detrás de ella, así trataba á Augusto como á un vencido, sin la menor consideración.

Poco á poco aumentaba la desunión entre

los dos esposos, á pesar de los esfuerzos de él, deseoso de no turbar la paz doméstica. El infeliz defendía desesperadamente su tranquilidad soñolienta y maniática, cerraba los ojos ante las faltas leves, se tragaba las grandes, temeroso siempre de descubrir alguna abominación, que le sacase de quicio. Las mentiras de Berta, atribuyendo á su hermana ó á su madre una porción de objetos cuya adquisición no podía justificar le inspiraban tolerancia: tampoco la reñía cuando salía por las noches, lo que permitió á Octavio llevarla dos veces en secreto al teatro con su madre y su hermana: escapatorias alegres, al fin de las cuales convinieron las tres señoras en que el joven sabía vivir.

Hasta entonces Berta, á la menor indicación de su marido, le echaba en cara su honradez. Puesto que ella se portaba bien debía su marido considerarse dichoso. Tanto para ella, como para su madre, el legítimo mal humor de su esposo comenzaba únicamente en el flagrante delito de la mujer. Esta honestidad real, en las primeras glotonerías con que satisfacía su apetito, no le imponía sin embargo un gran sacrificio. De naturaleza fría, su egoísmo se revelaba contra los fastidios de la pasión, prefiriendo, sin vir-